

CRONICA DE GUERRA

Nuevos paisajes de la Sierra

Son las primeras horas de la tarde. La Sierra tiene un descanso de explosiones y el paisaje borra hasta el recuerdo de la guerra.

Algunos soldados pasan de prisa, de árbol a árbol, burlando los prismáticos de las cimas.

El bosque es un buen escondite. Los pinos, impenetrables, están cerca uno de otro y cierran el horizonte a pocos metros. Además, la Aviación y la Artillería han hundido miles de gruesas ranas que ahora avanzan, frente a los hombres, un parapeto natural.

Pasamos por una casa, remedo artesano de un hotelito de Sierra. La casa sirvió, durante mucho tiempo, de puestito de mando a alguno de los jefes falangistas de la Sierra. En ella estuvieron alegres masas falangistas y requetés, que llenaron las paredes de inscripciones tonfías.

Por el suelo, algunos soldados se encontraron documentos sin interés y varias cartas. Una de ellas se la dirigió un oficial a otro de las avanzadillas de la Sierra. Seguramente existirían entre los dos relaciones que nada tienen que ver con la profesión militar.

Al ardecer, toda la Sierra vuelve a crujiir con tres puntos fijos de explosiones: La Granja, Balsain y Cabeza grande.

Todas las armas forman un solo ruido. Las filas de hombres que se esperan durante todo el día, forman ya un solo campo de combate. En este instante de la batalla es cuando la Aviación deja de ir y venir. Ya no se puede ametrallar ni bombardear los núcleos de fuerzas enemigas sin correr el peligro de deshacer a las propias.

La intensidad del combate puede medirse aquí con bastante exactitud por el número de troncos que se desgaja en ese que guarnea el telémetro por el cual divisábamos las casas de Segovia se ha desplazado de pronto con estrépito; pero el telémetro no ha sufrido el menor daño y los soldados corren a instalarlo en otro sitio.

Este ruido de obuses y ametralladoras cambia el cuadro de la Sierra. A un lado, los escasos obreros que permanecían de medios para este deporte, triscaban imbeciles y pedantes los señores y las señoritas del domingo, que dejaban el aire de los picacho insignes infectados de cursitería.

También por aquí cerca saltaban los tintes rosas y azules de los albergos del Patronato Nacional del Turismo, donde, en siete lenguas, se exclamaba: "¡Oh, España!", con asombro de guía de Baedeker. Hoy, el asombro ya no está aquí. Se repite —en más idiomas— el nombre de España; pero la curiosidad del paisaje ha sido sustituida por una curiosidad de guerra que decidirá muchas cosas, que cambiará los visitantes domingueros de estos montes de nieve y se llenarán los albergos del Turismo de otras gentes que, por otra parte se asombrarán de muchas cosas.

Enfrente —en Cabezagrande, en La Granja, en Balsain—, tenemos, como en otros sitios, soldados de recluta. Son campesinos y obreros en su mayor parte. Sin duda, los hijos de las gentes para quienes una recomendación e escasa asequible, tienen su ocupación en el asasinato diario de las ciudades de la retaguardia fascista.

Aquí hay soldados, guardia civil y moros. Los moros vigilan a los españoles para que no se escapan. Algunos, sin embargo, logran pasarse a nuestro campo. Otros, caen por la espalda aguiereados cuando comienzan a arrastrarse fuera de las trincheras.

No sólo soldados vienen a nuestras filas con los brazos abiertos y la angustia en los ojos; también llegan paisanos de Segovia y campesinos. Estos, fácilmente, pues conocen bien las veredas.

Ayer llegó a nuestras trincheras un pastor. Hervís, el magnífico comisario de estos luchadores del Ejército Popular, habló con él. Le dijo lo que significaba nuestra lucha y lo que defende.

El pastor apenas pronunció palabra. Únicamente, después del discurso del comisario, dijo que tenía que volverse, pero que regresaría pronto. Pero no volvió solo; y, a poco, volvió. Se le dejó marchar: traía con él, bajo el mandato de su cayada, ciento cuarenta cabezas de ganado.

Sencillo, dijo: —Las traigo para vosotros antes de que las cojan los fascistas.

El Ejército popular ha alargado la mano. Una mano fuerte que dentro del puño le ofrece hoy a la República catrice kilómetros más de tierra española. Si se habla con el Mando, se obtiene la impresión de que se ha conseguido mucho de lo que se quería. Después de luego, lo más importante. Al Ejército del Pueblo le quedan muchas manos y muchos puños para encerrar en ellos nuevos trozos de tierra.

Esta ofensiva, este golpe, más bien, dado por nosotros en los montes de Segovia, es, sobre todo, alentador. A estas alturas de la guerra, las fuerzas de Madrid, no sólo se defienden, sino que saben retirarse hacia allá, hacia donde el enemigo tiene montados sus patibulos de retaguardia.

Hemos despejado un camino. Continuemos que el enemigo trajera aquí —zona pacífica, donde él no buscaba la lucha— refuerzos considerables de tropas que necesitaban en otros frentes. Y se le ha echado hacia atrás en carrera de sorpresa y desconcierto. Pero son muchas todavía las sorpresas que le esperan hasta el golpe final.

En Norteamérica se han celebrado diversos actos de adhesión a España

Varsovia.—La prensa de esta capital publica unas manifestaciones del Encargado de Negocios de España en Polonia, Sr. Ruiz Funes, con motivo de una recepción dada en la Legación española.

El representante del Gobierno español pronunció un corto discurso sobre la situación actual de España.

Dijo que los sublevados, con ayuda de su propaganda, pretenden presentar al Gobierno legal bajo una falsa luz.

Añadió que en la zona leal se encuentran todos los elementos patrióticos de España, sin diferencia de ideas políticas.

La tragedia que vive actualmente la nación española —agregó— no tiene precedentes en la Historia.

Por último, el Sr. Ruiz Funes se refirió a la estructura de nuestro Gobierno, diciendo que este asentado en bases republicanas y democráticas, lucha por la independencia de su país y por la paz de Europa.

Toda la prensa polaca comenta muy favorablemente el discurso del ex ministro de Agricultura.

En San Sebastián se sublevan los soldados italianos porque no les dejan regresar a su país

Londres.—El corresponsal del "News Chronicle", en San Sebastián, comunica que ha estallado una sublevación entre los soldados italianos, que exigen su regreso inmediato a Italia. Han sido detenidos 200 italianos y la fuerza pública ha disparado repetidamente sobre gentes del pueblo que se manifestaron a favor de los italianos sublevados.

Esta noticia es particularmente interesante si se tienen en cuenta las últimas disposiciones del Gobierno de Roma prohibiendo el regreso a Italia de expedicionarios procedentes de España.

Por este motivo, las autoridades fascistas persiguen por todos los medios la divulgación de noticias sobre la verdadera situación española y que puedan dar a conocer los sufrimientos de los voluntarios enviados a Franco.

El pueblo italiano empieza a convertirse de que Mussolini profiere la muerte de sus "voluntarios" a que estos vuelvan a Italia.

Los intereses futuros de las grandes democracias

En el periódico "Vendredi", ha publicado unas impresiones sobre un reciente viaje a España, León Jouhaux, Secretario General de la C. N. T. y Secretario General de la C. G. T. de Francia.

Después de asegurar que tiene la certeza plena de la seguridad completa del triunfo final del Gobierno del pueblo, añade:

Los que vieron la España republicana al comienzo de la rebelión fascista y la vuelven a ver ahora, se dan cuenta de que a la situación, forzadamente irregular de ayer, ha substituído la organización; de que el individualismo ha cedido su sitio a la disciplina.

Ayer no había ejército nacional; hoy existe un ejército regular y numerosas reservas que cada día adquieren un mayor desarrollo.

Estudia la situación política, afirmando que el Gobierno cuenta con el apoyo de todos los organismos sindicales y políticos, y agrega:

En el plano nacional la situación es, por lo tanto, alentadora para todos los que se hallan al lado de la España Republicana.

No ocurre lo mismo en el plano internacional. Existen todavía demasiadas reservas en la actitud de las grandes democracias, a pesar de que sus intereses futuros, su paz y su independencia aparecen cada día y más independientemente ligados a la victoria de los republicanos españoles.

Con querer tergiversar los problemas y aplazar toda decisión energética no se hace otra cosa que agravar la situación.

Los países totalitarios que han tomado posiciones, que aquellos que lo han sacrificado todo a la paz pueden encontrarse fácilmente con la guerra al cruzarse en su camino.

Y por encima de todo hay que evitar esas consecuencias. Para conseguirlo bastaría, con adoptar una decisión firme, en las dos cuestiones planteadas en Ginebra por el Gobierno legal de España: el bombardeo de ciudades abiertas, con el exterminio sistemático de las poblaciones no combatientes y la retirada de las tropas regulares extranjeras.

La prohibición de esos bombardeos se debe formular claramente y la retirada de tropas terminantemente exigida.

Los republicanos españoles han soportado ya demasiadas injusticias. —dijémoslo así para no emplear términos más violentos— y es necesario que les demos un ejemplo que estamos a su lado para defender los más elementales principios de humanidad, y, también por respeto a la independencia nacional y a la libertad a todos los pueblos a que se gobiernen por sí mismos.

Los ataques Nazis a la iglesia católica

BERLIN.—La lucha que la Gestapo sostiene contra la Iglesia católica, adquiere cada día caracteres más agudos. En Rhenania, una editorial católica y una imprenta han sido clausuradas por la Policía. Esto significa la desaparición de un golpe de 200 periódicos católicos, o sea, la mayor parte de las hojas de información de las parroquias.

El secretario regional del Partido nacional-socialista, de Coblenza, ha publicado un llamamiento dirigido a todos los sacerdotes católicos de su territorio, ofreciéndoles el viaje gratuito a aquella ciudad, para que puedan asistir a la vista de un proceso instruido contra un cura católico.

El "Schwarshe Korps", órgano oficial de las S. S., ataca violentamente al Papa, a quien trata de mentiroso. Refutando las críticas del Papa, sobre las condiciones en que se practica la religión en Alemania, después de la entrevista que ha celebrado con los gerentes de todos los países, el diario de referencia escribe: "No sabemos si el Santo Padre ha pronunciado esta mentira objetiva porque esté en un momento o bien para tapar los embustes de sus servidores."

Metralla sobre Madrid

La noche en que un avión fascista bombardeó por primera vez

Tuvo Madrid su aprendizaje de bombardeo. Los aviones fascistas, al comienzo de la guerra, le hacían la corte, midiendo su perímetro. El ejército sublevado había sido parado en seco en la Sierra, por los ametralladores que habían salido de Madrid a su encuentro. Mola venía a tomar avistamiento y, por primera vez, quedaron sus secuencias pudiéndose al sol, entre las breñas y los penascos.

El pueblo madrileño derrotaba a un ejército enfautado, que pretendía conquistar a España en un dos por tres. Y ante el primer descalabro, los aviones fascistas vinieron a humear sobre Madrid.

No se atrevían a pasar de su periferia. Volaban furtivos o reciosos. En Madrid, por entonces, no había una sola ametralladora antiaérea. Los madrileños se acostumbraron a que las sirenas les despertaran de madrugada y salían a la calle a ver volar a los aviones. Se les pusieron metes a los aviones y las gentes se relajó a su costa. Los frentes de batalla estaban lejos. La derrota de los fascistas, acertadamente la creíamos fácil. No pensábamos entonces que tuvieramos que luchar, además, contra italianos y alemanes.

Así, hasta que una noche cayeron las primeras bombas. Madrid estaba iluminado; las terrazas de los cafés, llenas de público. Estábamos en verano. Un avión arrojó unas bombas en La Cibiles y en la calle del Berquillo. El desplazamiento del aire tumbó contra el suelo a los que paseaban tranquilamente por la calle de Alcalá. La metralla, por primera vez en Madrid, se hundió en carne humana. No tenían aviones; no teníamos antiaéreos. Pero el aviador que comió aquella inicial fechoría obraba con el mismo pánico que el asesino que penetra en una habitación dormida. El asesino tiene miedo de las sombras y de su conciencia. Aquel piloto, cometido su crimen, salió huyendo. En su huida, arrojó la bomba que le quedaba en la calle Rosa de Luna. Fue esta bomba a manera de la primera piedra aplastada en aquel barrio colindante con el Paseo de Rosales. Este barrio iba a ser destruido meses después por centenares de bombas de aviación. El piloto traidor continuó huyendo, perseguido por las sombras de las personas pacíficas a quienes se acababa de dar muerte y por la de los miles que más tarde iban a ser asesinados de igual forma.

En aquella primera noche de bombardeo, los madrileños no terminaron su aprendizaje. Necesitaban otras pruebas más duras. Aquella noche sólo se había aprendido una cosa: que los aviones-fascistas eran capaces de sembrar la muerte porque sí, sin preocuparse si ello tenía o no eficacia militar. Porque hasta aquí día se oía decir: "Madrid no lo bombardearán; cómo van a ser capaces..." No entraba en la cabeza de las buenas gentes que aún los fascistas tendían la maldad suficiente para ordenar el asesinato a mansalva de los habitantes de una gran ciudad.

Pero los madrileños no habían terminado su aprendizaje. Al día siguiente, todo el mundo contaba dónde se encontraba en el momento del bombardeo. Lo que había experimentado. Que a aquella hora precisamente tenía

que haber pasado por la Cibiles y que no se había encontrado debajo de las bombas por pura casualidad. La no vatería ni hacía frivolos. Las sirenas, taladrando la noche, el apagado de las luces y el pensar que habíamos vivido en peligro durante unos minutos, esa novedad que ensañaba los nervios, haciendo hablar y reír. En los momentos del bombardeo, la reacción de la gente se desataba también de falta de entrenamiento.

Me encontraba en la Clozeta de San Bernardo. Se oyó, de pronto, muy claramente, el motor de avión y, al momento, una explosión imponente. Parecía que había sido allí mismo. Los que estaban en las terrazas de los bares, los que transitaban por la Gloria, tuvieron un momento de sorpresa, e inmediatamente se arremolinaron todos contra las fachadas, formando un grupo compacto. Hubo algunas personas que, demudadas, proferían insultos contra los avidores fascistas. Algun hombre corría de acá para allá, apuntando con su pistola hacia el cielo.

En las casas también se formó bastante desconcierto. Las mujeres bajaban las escaleras a todo correr, abrazando a sus hijos. En los portales, los niños de gente, se hablaba mucho. Cada cual daba su opinión. En donde no había sótano, los inquilinos de los pisos bajos ofrecían sus habitaciones. Los niños, desnudos y envueltos en cubiertas, tenían los ojos muy abiertos. Los sentaban en alguna silla y permanecían mudos y absortos.

En las ocasiones en que he presenciado estas escenas, no he visto a ningún niño llorar.

Aquella primera noche de bombardeo, pasada la alarma, los teléfonos comenzaron a funcionar. Ni un teléfono no quedó inactivo en todo Madrid.

Los amigos, los familiares, se preguntaban mutuamente cómo habían pasado el susto, si sabían hablar, si había habido muertos. Nadie se podía reprimir de hablar mucho, de contar todos los detalles que le habían afectado. ¡Diferencia entre este primer día de peligro tan reducido a aquellos otros que hemos pasado en que las casas de barrios enteros se iban arrojando bajo las bombas de docientos y más kilos, que arrojaban 20 y 30 toneladas!

Ya los teléfonos no funcionaban para hablar a través de ellos atropelladamente. Ya no se gritaba en los portales ni corría un hombre por la calle, apuntando con su pistola a las nubes. Claro que para contárselo el aprendizaje de sentirse ametrallado es preciso haber sufrido muchos sobresaltos y muchos peligros.

Entonces, en el principio, se tenía la creencia de que un sótano o un piso bajo eran lugares seguros contra los bombardeos. Los que vivíamos en Valhermoso, no tardamos mucho en comprobar que para una bomba de centenares de kilos no son inviolables ni los pisos bajos ni los sótanos. En el número 11 de esta calle, una bomba reventó en el propio sótano. En el sótano refugiados todos los vecinos. Es decir, que los bombardeos exigen preferentemente sus víctimas entre las mujeres y los niños, parece ya un tópico. Pero los refugiados en el sótano del número 11 de la calle de Valhermoso eran casi todos mujeres y niños. Los hombres, unos estaban en el frente y otros en su trabajo. A estos vecinos los vi aquella noche del primer bombardeo; cuando de San Bernardo regresaba a mi casa minutos después del suceso. Estaban en el portal y en la acera, hablando, hablando, hablando. Cuando veían que uno llegaba del centro, se paraban para preguntarle dónde habían caído, cuántas habían sido, si habían ocasionado muertos. Aquellos mismos vecinos eran los que estaban en el sótano el día en que aprendieron para siempre lo que era un bombardeo.

LEYA USTED EL PUEBLO MANCHEGO F. Criado

que haber pasado por la Cibiles y que no se había encontrado debajo de las bombas por pura casualidad. La no vatería ni hacía frivolos. Las sirenas, taladrando la noche, el apagado de las luces y el pensar que habíamos vivido en peligro durante unos minutos, esa novedad que ensañaba los nervios, haciendo hablar y reír. En los momentos del bombardeo, la reacción de la gente se desataba también de falta de entrenamiento.

Me encontraba en la Clozeta de San Bernardo. Se oyó, de pronto, muy claramente, el motor de avión y, al momento, una explosión imponente. Parecía que había sido allí mismo. Los que estaban en las terrazas de los bares, los que transitaban por la Gloria, tuvieron un momento de sorpresa, e inmediatamente se arremolinaron todos contra las fachadas, formando un grupo compacto. Hubo algunas personas que, demudadas, proferían insultos contra los avidores fascistas. Algun hombre corría de acá para allá, apuntando con su pistola hacia el cielo.

En las casas también se formó bastante desconcierto. Las mujeres bajaban las escaleras a todo correr, abrazando a sus hijos. En los portales, los niños de gente, se hablaba mucho. Cada cual daba su opinión. En donde no había sótano, los inquilinos de los pisos bajos ofrecían sus habitaciones. Los niños, desnudos y envueltos en cubiertas, tenían los ojos muy abiertos. Los sentaban en alguna silla y permanecían mudos y absortos.

En las ocasiones en que he presenciado estas escenas, no he visto a ningún niño llorar.

Aquella primera noche de bombardeo, pasada la alarma, los teléfonos comenzaron a funcionar. Ni un teléfono no quedó inactivo en todo Madrid.

Los amigos, los familiares, se preguntaban mutuamente cómo habían pasado el susto, si sabían hablar, si había habido muertos. Nadie se podía reprimir de hablar mucho, de contar todos los detalles que le habían afectado. ¡Diferencia entre este primer día de peligro tan reducido a aquellos otros que hemos pasado en que las casas de barrios enteros se iban arrojando bajo las bombas de docientos y más kilos, que arrojaban 20 y 30 toneladas!

Ya los teléfonos no funcionaban para hablar a través de ellos atropelladamente. Ya no se gritaba en los portales ni corría un hombre por la calle, apuntando con su pistola a las nubes. Claro que para contárselo el aprendizaje de sentirse ametrallado es preciso haber sufrido muchos sobresaltos y muchos peligros.

Entonces, en el principio, se tenía la creencia de que un sótano o un piso bajo eran lugares seguros contra los bombardeos. Los que vivíamos en Valhermoso, no tardamos mucho en comprobar que para una bomba de centenares de kilos no son inviolables ni los pisos bajos ni los sótanos. En el número 11 de esta calle, una bomba reventó en el propio sótano. En el sótano refugiados todos los vecinos. Es decir, que los bombardeos exigen preferentemente sus víctimas entre las mujeres y los niños, parece ya un tópico. Pero los refugiados en el sótano del número 11 de la calle de Valhermoso eran casi todos mujeres y niños. Los hombres, unos estaban en el frente y otros en su trabajo. A estos vecinos los vi aquella noche del primer bombardeo; cuando de San Bernardo regresaba a mi casa minutos después del suceso. Estaban en el portal y en la acera, hablando, hablando, hablando. Cuando veían que uno llegaba del centro, se paraban para preguntarle dónde habían caído, cuántas habían sido, si habían ocasionado muertos. Aquellos mismos vecinos eran los que estaban en el sótano el día en que aprendieron para siempre lo que era un bombardeo.

LEYA USTED EL PUEBLO MANCHEGO F. Criado